

*IN MEMORIAM***Eloísa García de Wattenberg
(1923-2017)**

A comienzos del pasado verano, el 11 de julio del 2017, fallecía en su querida ciudad de Valladolid Eloísa García de Wattenberg. Pese al tiempo transcurrido, a los que la conocimos muy de cerca nos resulta harto difícil evocar su figura, pues la propia talla de su labor profesional, dedicada en gran medida a la salvaguarda del patrimonio artístico, y su admirable calidad humana se entremezclan con un intenso sentimiento afectivo hacia su persona.

Estudió Filosofía y Letras en la Universidad de Valladolid y nada más terminar la carrera se incorporó al Seminario de Arte y Arqueología, centro de investigación puntero en aquellos difíciles años posteriores a la Guerra Civil. Allí se inició en la docencia universitaria, impartiendo clases como ayudante de prácticas de Epigrafía y Numismática, y conoció al que después sería su marido,

Federico Wattenberg, cuya obra científica, recuérdense sus libros sobre *La región vaccea* y *Las cerámicas indígenas de Numancia*, y museológica, en el Museo Nacional de Escultura, esta última tan brillantemente continuada por su esposa, no podrán ignorarse nunca en tierras castellanas.

Su trayectoria profesional cristaliza al ingresar por oposición en el Cuerpo de auxiliares de Archivos, Bibliotecas y Museos, siendo destinada al Archivo de Simancas. Esta nueva situación marcará claramente su futuro, sobre todo cuando, tras la inesperada muerte de Wattenberg, es nombrada en 1967, con carácter provisional, Directora del Museo Nacional de Escultura, puesto que revalidará años después. Es en ese periodo inicial cuando se encarga de preparar la gran exposición para conmemorar el V Centenario del Matrimonio de los Reyes Católicos, hecho trascendental, como es bien sabido, en el devenir histórico de España. Esta labor museológica le servirá de experiencia para participar decisivamente en la organización de las grandes exposiciones regionales, enmarcadas en el proyecto Las Edades del Hombre (catedrales de Valladolid, Burgos, León, Salamanca, El Burgo de Osma y Palencia) e internacionales, como la integrada en el Pabellón de la Santa Sede, en la Exposición Universal de Sevilla, en 1992. En esta misma línea no puede olvidarse su incesante actividad en la gestación o en el desarrollo de la mayoría de los museos radicados en Valladolid: Convento de San Joaquín y Santa Ana, casas-museo de Colón y Zorrilla, Museo Diocesano y Catedralicio, Convento de Santa Isabel, Iglesia de San Antolín, en Tordesillas, y sobre todo el Museo Provincial cuya dirección ocupó temporalmente. Si en el caso de los museos oficiales y diocesanos su perduración está garantizada, no ocurre lo mismo con los conventuales, a la vista de la pertinaz crisis de vocaciones, que presagia la desaparición de buena parte de estos centros. Correspondería a los poderes públicos, siempre de acuerdo con la iglesia, afrontar esta delicada situación y anticiparse a los acontecimientos, con objeto de proteger eficazmente el patrimonio histórico.

Por otra parte, a comienzos de la década de los ochenta y paralelamente a algunos de los trabajos mencionados, ejerció de vocal de la Junta Superior de Museos y tuvo a su cargo la Secretaría del Consejo Internacional de Museos (ICOM) en España. Además, fue miembro del Comité Consultivo Internacional del Diccionario Museológico, para cuya elaboración hubo de asistir a frecuentes reuniones de trabajo en Budapest, lo que le permitió entrar en contacto con diversos colegas europeos, en especial con los conservadores del Museo de Bellas Artes de dicha ciudad que, como es bien conocido, alberga entre sus colecciones una rica muestra de pintura española.

Esta ingente labor en el campo de los museos no supuso el alejamiento de la Universidad y de la investigación. A mediados de la década de los setenta fue encargada de impartir la asignatura de Museología, dentro de la especialidad de

Historia, labor que implicaba en muchos casos la dirección de las prácticas profesionales de los alumnos. En cuanto a la investigación podrían citarse numerosos artículos científicos sobre historia del arte de ámbito castellano, que sería prolijo enumerar, y publicaciones específicas sobre museos.

Toda esta dedicación durante años fue justamente valorada. Así, es elegida Académica de la Real de Bellas Artes de la Purísima Concepción de Valladolid y correspondiente de la Real de Bellas Artes de San Fernando. También fue condecorada con la Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes, la Encomienda de la Orden de Isabel la Católica y la Medalla Pro Ecclesia et Pontifice de la Santa Sede. No hace mucho, en 2010, recibió el Premio Castilla y León de la Restauración y Conservación del Patrimonio.

Su jubilación, en 1988, no significó obviamente el cese de sus actividades, pues el Ministerio de Cultura, a propuesta de numerosos colegas, la nombró Directora honoraria del Museo Nacional de Escultura, lo que conllevaría ser miembro de su Patronato, y la Junta de Castilla y León, en ese mismo año, la designó Comisionada de Patrimonio Cultural de Valladolid. Desde ambos puestos, con su experiencia y conocimientos, siguió interesándose por los temas que cultivó toda su vida y defendiendo enérgicamente nuestro rico patrimonio histórico. En este sentido, recuerdo con enorme nostalgia las conversaciones que manteníamos, junto a nuestro común amigo José Navarro Talegón —entonces Comisionado de Zamora, como yo lo era de Salamanca— sobre la problemática de la conservación del patrimonio, a veces tan difícil por los diferentes criterios en la intervención y por los intereses particulares de unos y de otros.

Con el fallecimiento de Eloísa García de Wattenberg desaparece la primera generación que dio vida al entrañable Seminario de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid. En su persona, de una calidad humana excepcional, rindo homenaje también a todos sus antiguos compañeros y a ella la despido con un afecto infinito: *Non cum corpore extinguitur magna anima.*

RICARDO MARTÍN VALLS